

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

Intercambio

Una historia de ABDL/FemDom

COLIN MILTON



Capítulo uno

Mi ama me había enviado un mensaje esa misma mañana. No esperaba saber nada de ella antes del fin de semana, así que, cuando vi su nombre en la bandeja de entrada de mi teléfono, me dio un vuelco el corazón. Intentando no titubear demasiado por la emoción, pulsé el botón de "Abrir mensaje".

Necesito hablar contigo esta noche. Cancela cualquier plan que tengas. Reserva para tres en un restaurante italiano de la ciudad a las 8:00 p. m. Espérame afuera de mi casa a las 7:30 en punto. M. x

Su uso de la palabra "puntual" fue innecesario. Había aprendido a no llegar tarde cuando me llamaba. Por suerte, no tenía otros planes esa noche, así que, como me indicó, reservé en Romanos, en el centro. Me sentí seguro, ya que era uno de sus sitios favoritos para comer. Buena comida y un ambiente íntimo. Sabía que no debía enviarle un mensaje confirmando la reserva. Ella sabría que ya estaba hecha.

Sin embargo, tenía curiosidad por saber por qué la reserva era para tres. ¿Quién más vendría? No tenía ni idea, ni me correspondía preguntar. Había aprendido mi lugar en los cinco años que llevaba siendo mi amante.

Pasé el resto de la tarde terminando tareas, asegurándome de tener tiempo suficiente para llegar a casa de la Señora a tiempo. Generalmente, aparcaba cerca, a veces hasta una hora antes, para asegurarme de no llegar ni un minuto tarde. Mi reloj estaba sincronizado y era un orgullo para mí poder llamar a su puerta en el segundo exacto que ella me había indicado, con la esperanza de que reconociera y reconociera mi obediencia a sus caprichos y deseos.

El tiempo siempre parecía pasar lentamente cuando sabía que iba a ver a la Señora. La anticipación era inmensa. No dejaba de mirar mi reloj, el de la cocina. Habría sido fácil convencerme de que el tiempo se había detenido.

Finalmente, llegó la hora de irme. Ya había llenado el depósito de gasolina esa mañana, así que era una preocupación menos. El viaje a su casa era uno que ya había hecho cientos de veces. Podía anticipar cada subida y bajada del asfalto... casi cada bache. Por suerte, para entonces había poco tráfico y llegué diez minutos antes y aparqué a la vuelta de la esquina. Repasé mentalmente mi «lista de verificación de la amante» mientras esperaba.

—¿Cartera? —Me di unas palmaditas en la chaqueta y sentí el tranquilizador bulto en el bolsillo.

'¿Uñas sin morder?'

Examiné cada una para asegurarme de que estuvieran limpias y ordenadas. Dejar de morderme las uñas fue una de las primeras instrucciones que me dio mi ama cuando nos conocimos. Aún recuerdo su mirada cuando tomó mi mano y me miró con desdén, primero a mis uñas y luego a mí.

Quiero que dejes de morderte las uñas, jovencito. De ahora en adelante. ¿Está claro?

Ella había hablado suavemente pero con firmeza y yo simplemente asentí en señal de comprensión y aceptación.

"Lo comprobaré la próxima vez que estés conmigo y más te vale que lo hayas recordado." Sonrió, con una calidez en la mirada, pero con una clara indicación de que esperaba que simplemente hiciera lo que me decía.

Mis uñas estaban, como hacía años, sin morderse y lisas. Incluso había llegado al extremo de comprarme una lima de uñas y usarla con regularidad. Quería que estuviera orgullosa de mí.

Me froté la barbilla con los dedos. Suave. Ni un solo pelo sobresalía. Mi ama no soportaba la barba ni la barba incipiente. Dijo que «la falta de buen aseo personal demostraba falta de orgullo por

la propia apariencia» y que no era ni la marca de un caballero ni de un verdadero sumiso.

Sin embargo, con el paso de los meses, no solo mi cara había estado sujeta a afeitado y depilación regulares. Mi ama había insistido en que la presencia de vello por debajo del nivel de mi nariz era algo que no toleraría y que yo debía asegurarme de que así fuera a partir de ese momento. Acceder a ese capricho en particular había significado una nueva experiencia para mí. Afeitarme una y otra vez. Aplicarme depilación, cremas hidratantes y aceites para mantener mi piel suave. Decía que le divertía, no solo verme así, sino también imaginar las molestias que me causaba.

"Sí", dijo. "Serviría para recordarte el cuidado que ponen las mujeres en lucir presentables y para recordarte que también debes dar lo mejor de ti si quieres complacer a los demás". Saber que la complacía con esto me bastaba.

Por fin... el teléfono. Asegúrate de que esté apagado. Por completo. ¡A mi ama no le haría gracia que el ruido de mi móvil interrumpiera su velada!

Al acercarse las 7:30, aparqué el coche frente a su casa, al final del camino de entrada. Aunque nunca me lo había dicho, creo que la señora quería que mi llegada pareciera simplemente la de un taxi privado o de un amigo. Apagué las luces y luego el motor. Me giré hacia la casa y noté un ligero movimiento en la cortina, que se alisó casi al instante. Un par de segundos después, la puerta principal se abrió y salió una joven de veintitantos años, girándose a medias mientras seguía conversando con la señora. Ambas parecían reírse de algo que una de ellas había dicho. La señora que iba con la señora parecía tan joven que podría ser mi hija.

Al ver a la Señora, bajé del coche y les abrí la puerta trasera a ella y a su amiga. Sonreí al acercarse y la Señora me regaló una media sonrisa al dejar que su amiga entrara antes que ella.

"Gracias, David", dijo mientras subía. Cerré la puerta con firmeza, una vez que estuve segura de que ambos estaban cómodos.

Al subir al coche, era evidente que seguían conversando, sin prestarme atención mientras me alejaba lentamente. No me correspondía intentar participar en su conversación. Sabía que no sería apropiado.

«Los sumisos son como niños pequeños y bebés», me recordaba con frecuencia. «Hay que verlos, no oírlos».

De hecho, recordaba con toda claridad que esa había sido la razón de la paliza que había recibido la semana anterior. En un momento de olvido, pensé que sería buena idea decirle a la señora que no creía que el nuevo atuendo que se estaba probando le sentara bien. Apenas había pronunciado esas palabras, me di cuenta de mi error. Supe también, por su mirada, que mi metedura de pata sería corregida poco después, y así fue.

Treinta y seis veces.

“Seis de los mejores, multiplicado por seis...”

Capítulo dos

Al llegar al restaurante, me alegré de ver que un espacio de estacionamiento cerca de la entrada acababa de quedar libre. Entré con suavidad y apagué el motor. Salí tan rápido como pude y le abrí la puerta a Mistresses, sujetándola para que no se balanceara un poco y le golpeará la pierna. Al bajar, su rostro no reflejaba alegría y, con sarcasmo, me explicó por qué.

—Ay, qué considerado, David —dijo en voz baja—. No tendré que deslizarme por el asiento como esperabas que hiciera mi amiga cuando nos recogiste.

Sus ojos reflejaban irritación y me disculpé de inmediato. ¿Cómo no me había dado cuenta de que debía haber abierto ambas puertas al recogerlas? ¡Maldita sea! Mal comienzo de la noche. Tan rápido como me pareció educado, cerré la puerta y corrí a abrir la otra. Mientras la señora bajaba del coche, pude verla bien por primera vez.

Procurando no detenerme demasiado en ella, me di cuenta de inmediato de que era una joven muy hermosa. Como ya había pensado, tendría veintitantos años. Tenía una larga melena rubia y sedosa que reflejaba la luz de la entrada del restaurante. Me miró al salir del coche, me dedicó una breve sonrisa y me dio las gracias. ¿Quizás abrirle la puerta a su amiga esta vez podría calmar la ira de las amantes? ¿Aunque fuera un poco? Solo podía esperar, esperar y ver.

Mientras ella rodeaba el coche hacia la Señora, presioné el control remoto para cerrar el coche. Caminé a paso rápido hacia la puerta del restaurante, ansioso por que me vieran atento con las damas al abrirles la puerta. Ninguna de las dos me respondió.

El dueño del restaurante reconoció a la Señora cuando entramos.

¡Ah, Sra. Weston! ¡Qué alegría volver a verla! —Le apretó suavemente la mano que le ofrecía—. ¿Y esta hermosa dama? —preguntó, volviéndose hacia la amiga de la Señora.

Ella es Jade. Es una muy buena amiga mía y la verás mucho en los próximos meses. Le he contado sobre la comida de aquí, así que estoy segura de que la cuidarás tan bien como a mí.

Lo dijo como una pregunta , pero sonó más como una instrucción. Jade extendió la mano y el dueño la tomó y la estrechó con suavidad, sonriendo cálidamente.

—Y David —dijo la señora, despidiéndose de mí, y mirando hacia el salón principal del restaurante—. Ya lo conoces.

—Ah, sí, David. ¿Cómo estás?

Nos dimos la mano brevemente y le respondí que estaba bien.

"Su mesa está en uno de los reservados, como siempre. Espero que le parezca bien".

Se giró y entró en la sala principal, conduciéndonos hacia un banco semicircular con respaldo abotonado y una mesa en el centro.

"¡En!"

La señora señaló el banco, indicándome que yo debía sentarme primero. Me moví lentamente mientras la señora y su amiga se sentaban a cada lado, cada una colocando sus bolsos a mi lado. Noté que el bolso de la señora era un poco más grande de lo habitual.

Sabía que la noche probablemente seguiría su curso habitual, al menos al principio. Mi ama se encargaría de pedir la comida. Ella decidiría qué bebería y qué podría comer. Me había dicho hace poco que quería que perdiera un poco de peso en la zona abdominal , así que sospechaba que cualquier comida de esa noche sería saludable y mínima.

Pasaron unos cinco minutos. Las señoras charlaban animadamente mientras ojeaban el menú. No me habían permitido probar uno. Me sentí como una niña pequeña, sin que me confiaran

un menú. Mientras elegían, observé el restaurante, observando el ir y venir de clientes y personal, intentando no ponerme nerviosa.

"¿Están listas para ordenar, señoritas?" Un joven y elegante camarero italiano apareció en la mesa sonriendo.

La señora lo miró con aprecio y sonrió.

"Sí, creo que sí", dijo. "Tomaremos una botella de vino tinto, por favor. ¿Su mejor Merlot?" Me miró. "Tomará agua".

El camarero me miró brevemente mientras escribía en su bloc, sonriendo.

"Tomaré el paté para empezar y luego el solomillo, por favor. Entre hecho y bien hecho."

"Por supuesto, señora. ¿Y para su bella invitada?"

Jade levantó la vista del menú y mostró esa sonrisa que había visto antes, una vez más.

"Mmm ... Quiero piel de patata y salsa, por favor, y... también quiero el filete. Al punto."

"Claro, señora." Se giró hacia mí. No había visto la carta, pero el filete parecía delicioso, al igual que el paté. "¿Y para el señor?"

Abrí la boca para responder pero Mistress me interrumpió.

"Oh, está bien, gracias. Tiene que tener mucho cuidado con lo que come. Estará bien con el agua helada".

Le devolvió los menús y lo despidió con un seco: «Eso es todo. Gracias».

Miré a la Señora y luego a Jade. ¿De verdad esperaba que me quedara sentado sin nada mientras comían hasta saciarse? Una media sonrisa de la Señora dejó claro que eso era precisamente lo que esperaba.

"Podríamos comprarte una bolsa para llevar si eres un buen chico", me pellizó suavemente la piel de la mejilla.

Bajé la cabeza. Abatido por su decisión, aunque extrañamente emocionado por haberme tomado una decisión tan fundamental.

—Oh, no te enfades —dijo la señora en voz baja. Sin embargo, fue lo suficientemente fuerte como para que Jade y yo la oyéramos. Bajé la vista y sentí que me sonrojaba ante su advertencia.

“Toma, esto te mantendrá ocupado mientras hablamos”.

Levanté la cabeza y miré a la Señora, sin saber qué me iba a dar. Me estremecí al verla sacar un libro para colorear infantil de su bolso y colocarlo sobre la mesa frente a mí. Lo miré y luego volví a mirarla. ¿Seguro que no? ¿Aquí no?

Vi a Jade llevarse la mano a la boca para disimular su diversión. La señora metió la mano en su bolso y sacó un paquete de crayones jumbo de fácil agarre. Un paquete de ocho crayones grandes de circunferencia. Cada color del arcoíris y un crayón negro hacen ocho en total. La señora los colocó sobre la mesa, sin tener en cuenta a los comensales vecinos que pudieran estar mirando.

“¿Quieres que elija un dibujo para colorear, cariño?”. Sus palabras y su tono fueron cuidadosamente elegidos, cada uno con la intención de humillarme y menospreciarme. Negué débilmente con la cabeza mientras mi vergüenza crecía.

La pregunta, como tantas de las suyas, era retórica. Mientras hablaba, se inclinó, tomó el libro de gran formato y colores brillantes y empezó a hojear sus páginas llenas de sencillos dibujos.

Es una forma muy efectiva de mantenerlo ocupado cuando lo saco. Para cuando terminemos de comer, puede que incluso haya terminado un par de dibujos. ¡Aunque no se le da muy bien mantenerse dentro de las líneas, claro!

Ambas mujeres me miraron y rieron. La señora dobló el lomo del libro y lo puso delante de mí, tocando una página que mostraba un dibujo infantil de un conejo con overoles.

Creo que sería un dibujo precioso para colorear, cariño. También te abriré los colores. Recuerda, cuando uses uno, guárdalo en la caja antes de coger otro. Así, mamá no tendrá que preocuparse de que lo ensucies. ¿Puedes hacerlo, cariño?

Asentí, consciente de que Jade estaba teniendo dificultades para evitar reírse a carcajadas tanto por la forma en que me trataban como por mi total aceptación de ello.

"¿Qué color primero entonces?", dijo la señora, cerrando el paquete. Abrí la boca para responder. "¡Ajá!", me reprendió la señora con suavidad. "No creo que nadie quiera oír tu voz aquí. Este es un lugar para adultos. No para pequeños que van a colorear bonito".

Señalé el crayón azul, pues ya había decidido que empezaría coloreando el cielo. No se me ocurrió negarme. La maestra inclinó la caja y deslizó el crayón azul en su mano. Le dio la vuelta y me lo ofreció.

"Ahora, con cuidado", me dijo con voz suave. "Sujétala como te enseñé a sujetar tus crayones". Extendí la mano y ella la colocó en mi palma y observó con satisfacción cómo la cerraba con el puño. Esta noche, era evidente que no me permitiría usar la destreza extra que me habría permitido sujetar con los dedos. Empecé torpemente mi tarea mientras las señoras empezaban a charlar, contenta de estar tranquila y ocupada. Aunque de la misma forma que un niño pequeño podría haberse divertido.

No levanté la cabeza cuando trajeron el vino a la mesa, pero era consciente de que ahora nos estaba sirviendo una señorita.

—Solo dos vasos, por favor —escuché decir a la Señora—. No quiero que tome ninguno por si se le derrama y mancha su libro nuevo.

Sentí que me tragaba el suelo e instintivamente levanté la cabeza y vi a la joven mirándome directamente, luego al libro para colorear y de nuevo a mí. Sus ojos parecían estar llenos de burla.

"Tenemos algunos tapetes de plástico si quiere poner uno debajo de su libro para colorear, señora", ofreció la chica, riendo un poco, claramente disfrutando de mi incomodidad.

¡Oh! ¡Eso sería perfecto! ¡Gracias! ¿Oíste eso, David? La señora te va a conseguir un mantel especial. La camarera sonrió con suficiencia y cruzó el restaurante.

¿ Lo ves? —le dijo la Señora a Jade—. Muchas mujeres hoy en día se están dando cuenta de que los hombres son solo niños pequeños por dentro y, cuando tienen la oportunidad de animarlos, lo hacen con mucho gusto. ¿Qué mujer no querría un hombre tranquilo y obediente cuando quisiera?

Mientras lo decía, la camarera regresó con dos manteles individuales grandes tamaño A3. Uno era claramente rosa y el otro azul. Los giró hacia la mesa para que la señora, Jade y yo pudiéramos verlos con claridad.

"Este", explicó la camarera, "tiene princesas, ponis y cosas así, mientras que este tiene coches, camiones de bomberos y cohetes. También hay uno sencillo , pero pensé que le parecerían más interesantes". Era evidente que le costaba controlar la sonrisa y miró a la Ama, luego a Jade, luego a la Ama y luego a mí.

"¿Cuál te gustaría, cariño?"

¡Ay, no! La señora me obligaba a elegir. Miré directamente a la joven, que ladeó ligeramente la cabeza y sonrió con cariño, como a una niña pequeña.

"¿Me lo das, por favor?", dije en voz baja, señalando el tapete lleno de dibujos de coches y cohetes.

—¡Claro que puedes! —respondió ella, pasándole la estera a la Señora—. Es muy educado, ¿verdad? —le dijo a la Señora.

—Sí, lo es. Está siendo educado como es debido.

Cada frase que pronunciaba la Señora parecía estar cargada de un significado oculto. Incluso su respuesta a la inocente declaración de la camarera me hizo sonrojar. La Señora se inclinó y colocó el tapete de plástico debajo del libro para colorear.

"¿Quizás cuando hayas terminado de colorear, podríamos darle el dibujo a la amable señorita?", dijo la señora, haciéndome cosquillas suavemente en la barbilla.

—Sería estupendo. Lo espero con ansias. ¡Gracias! —dijo la camarera, riendo mientras se alejaba de la mesa.

Tanto la Señora como Jade sonrieron condescendentemente mientras yo me dedicaba a mi tarea, deseando poder desaparecer. Sentí como si todo el restaurante estuviera al tanto de mi situación. Con el rabillo del ojo, vi a la Señora y a su acompañante levantar sus copas y la Señora propuso un brindis. «Por los hombres que saben cuál es su lugar».

El tintineo de las dos copas de cristal pareció resonar en el pequeño reservado en el que estábamos sentados hasta que se apagó bajo su risa satisfecha.

Capítulo tres

—Bebe, David —dijo la señora, golpeando mi vaso con el tenedor mientras comía—. No queremos que te deshidrates.

Levanté la vista de mi libro para colorear, agarré mi vaso y lo levanté hacia mí.

—Oh —escuché decir a Jade—. Un momento. Bájala. La miré desconcertada. —¿Señorita?

Llamó a la camarera que había estado en nuestra mesa unos minutos antes. La camarera para quien aparentemente estaba coloreando.

“¿Sí, señora?” dijo la joven al llegar a la mesa.

“Solo me preguntaba, ¿tienes alguna pajita para beber?”

Ella inclinó la cabeza conspirativamente hacia mí, indicándole a la camarera que las pajitas eran necesarias para mí, pero dando a entender que no quería hacer "un escándalo" al respecto por si yo me sentía avergonzada.

—Oh... eh... sí, seguro que puedo encontrarle un par de palitos. Dame un momento.

Una vez más, sonrió con sorna, aunque esta vez no intentó disimular su diversión ante mi situación y la suave degradación que me infligían las dos damas con las que estaba sentado. Vi a la Señora sonreír ampliamente ante esta nueva humillación.

Apenas pasaron unos instantes cuando la camarera regresó con dos pajitas de colores brillantes. Supuse que eran de un paquete de pajitas para niños. Las pajitas para adultos que vi antes en la barra eran negras.

“¿Esto servirá?” preguntó la camarera.

—Oh, estarán perfectas. ¡Qué delicia! ¡Gracias! —Y, dicho esto, Jade tomó las pajitas, dobló un poco las tapas y las echó en mi bebida. La camarera se quedó de pie un momento y sonrió mientras

Jade se volvía hacia mí y añadía—: Bueno, dos manos al levantar el vaso, y creo que deberías darle las gracias a la amable señora, ¿no?

Respiré hondo y tragué saliva con dificultad. La joven era lo bastante joven como para ser mi hija. Aun así, disfrutaba de mi humillación y sonreía expectante, esperando mi agradecimiento.

“Gracias por las pajitas.”

"De nada", respondió. Su sonrisa de satisfacción indicaba, me pareció, fascinación por mi situación. Era evidente que me sometía a los deseos de las dos damas a mi lado.

—Buen chico —dijo Jade con sarcasmo. Busqué ayuda en la Señora, pero no la recibí. Simplemente sonrió ante mi evidente incomodidad.

Retiraron los platos del primer plato y ambas damas se sentaron, charlando un rato sobre sus primeros platos. La señora se inclinó hacia mí, observando mi esfuerzo por colorear. Apretar los crayones grandes en mi puño me había hecho realmente difícil que pareciera algo más que el intento de una niña pequeña. Los colores se desbordaban sobre las líneas y la diferente presión en las distintas zonas lo hacía aún más infantil.

“¿Son morados los conejos, cariño?”, dijo ella riendo.

El morado había sido el color del crayón que ella me había regalado.

La miré tímidamente, sin saber si debía responder o no.

Ella me tocó la mejilla suavemente y por dentro me derretí como siempre me pasaba.

Todavía no conoces bien los colores, ¿verdad, cariño? Las letras, los números y los colores están destinados a seguir siendo un misterio para ti.

A pesar de la humillación, le devolví la sonrisa. Cualquier interacción con ella era como oxígeno para mí, por muy vergonzosa que fuera. Sentí que me sonrojaba ante sus palabras. Sabía exactamente cómo humillarme y excitarme.

“¿Necesitas ir al baño, David?”

Me dirigí a la fuente de la pregunta: Jade.

"¿Perdón?" tartamudeé, sin estar seguro de lo que había oído. Ella se inclinó hacia delante y repitió su pregunta.

"¿Necesitas ir al baño?"

La pregunta me desconcertó, sobre todo viniendo de una mujer bastante más joven que yo. Intenté restarle importancia.

Sonriendo dije:

—No, gracias. Estoy bien.

Jade persistió.

Si necesitas ir al baño, prefiero que lo hagas ahora en lugar de levantarte mientras tu ama y yo comemos. Sería de mala educación, ¿verdad?

"Supongo que sí, pero estoy bien, gracias", respondí, todavía un poco afectado por la pregunta tan personal e íntima que me habían hecho.

Miré a la Señora como si fuera a darme una explicación. Se llevó la copa de vino a los labios y sonrió para sí misma. Contenta.

"¿Por qué no te llevo al baño y así no habrá problema? Más vale prevenir que curar". Sus palabras eran tan directas como si le hablara a una niña. Una niña pequeña, además.

Observé con creciente confusión cómo doblaba la servilleta y la colocaba sobre la mesa, junto a los cubiertos. Se levantó con cuidado, tendiéndome la mano.

"Vamos entonces", dijo ella en un tono cantarín usualmente reservado para bebés y niños pequeños.

Una mirada a la Ama confirmó que no había escapatoria y supe que debía seguir sus instrucciones. El entrenamiento que recibí de la Ama había grabado esa obediencia en lo más profundo de mí. A mi pesar, me deslicé por el banco y tomé la mano de Jade. O, mejor dicho, ella tomó la mía, estrechándola firmemente entre las suyas.

Rápidamente, me condujo a través del restaurante hacia el baño para personas con discapacidad. No dudó ni un segundo

cuando abrió la puerta y me hizo entrar. Me quedé de pie y observé cómo cerraba la puerta con llave.

"¿Necesitas que te ayude, David?"

"¿Indulto?"

"Dije, ¿necesitas que te ayude?"

"¿Ayudarme qué?"

Ella suspiró.

"¿Te ayudo a ir al baño?"

"No, no lo hago."

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja—. No tienes por qué ser tímida, ¿sabes? No es como si estuviera viendo algo nuevo. Su sonrisa demostraba lo mucho que disfrutaba de mi incomodidad.

—No —respondí, mirando a mi alrededor como si en algún lugar pudiera haber una puerta por la que pudiera saltar y regresar a mi estado de hace una hora.

Jade se acercó a mí y empezó a desabrocharme el cinturón y los pantalones. Instintivamente, mis manos intentaron detenerla. Simplemente me miró. Casi nariz con nariz. Pude verla desafiándome con la mirada. Retándome a desobedecerla o a intentar detenerla.

"¿Por favor?" me oí gemir.

"No seas tan tonta", dijo, y continuó desabrochándome el cinturón. Me bajó los pantalones y la ropa interior de un solo movimiento. Me quedé frente a ella con los pantalones y la ropa interior alrededor de los tobillos. Sin pausa ni comentario, Jade dijo:

—Vamos. Siéntate en el inodoro y demuéstrame que eres el niño grande que dices ser.

Nadie me había estado vigilando en el baño desde que era muy pequeña, y mi vejiga parecía haberse bloqueado y no podía orinar. Miré con impotencia a Jade, cuyas cejas estaban arqueadas, expectantes.

"¿Y bien?" dijo ella.

"No puedo ir", respondí débilmente.

—Oh, creo que sí. O puedes quedarte ahí sentado hasta que lo consigas. —Se cruzó de brazos—. Concéntrate.

Centré todos mis pensamientos en vaciar la vejiga. Quería que este momento terminara. Había tenido momentos embarazosos como este antes, pero eso fue con Mistress y solo después de conocernos bien. Todo había sido tan rápido. Bajé la cabeza, intentando exprimir las primeras gotas de orina de mi vejiga. Sabía que una vez que empezara a orinar, sería más fácil continuar. Empezar era lo difícil. Después de lo que me pareció una eternidad, finalmente sentí que mi vejiga se relajaba y la orina empezaba a fluir.

¡Aquí estamos! ¡Buen chico! —dijo Jade mientras veía el chorro de líquido caer en la taza del inodoro—. Sabía que tenías que ir al baño. Las mujeres siempre saben cuándo un niño necesita ir al baño. Es algo que nosotras sabemos.

Me sonrojé y sentí que mi cara se ponía roja brillante.

—Bueno, entonces —Jade se acercó y tomó una hoja de papel higiénico del soporte y... Se arrodilló a mi lado. Extendió la mano y me agarró suavemente el pene antes de frotar ligeramente la punta con el pañuelo.

"No queremos que babeas sobre tus pantalones ahora, ¿verdad?"

Me dio varios toques en la punta del pene. No sabía adónde mirar ni qué decir. No había nada que decir. Estaba sucediendo.

"Entonces, ¡arriba!"

Jade dejó caer el pañuelo en el inodoro mientras yo me levantaba.

—¡Aquí estamos! No estuvo tan mal, ¿verdad? —Mientras hablaba, se agachó, me subió la ropa interior y los pantalones, ajustándolos a mi cintura y abrochándome el cinturón.

Me gusta que no tengas vello ahí abajo, David. Siempre pienso que le queda de maravilla a un buen chico, y tú eres un buen chico, ¿verdad?

Asentí, todavía procesando lo que acababa de pasar. Una joven, a quien no conocía hacía una hora, me había llevado al baño como a un niño pequeño, y me felicitaba por ser un buen chico.

—Ven aquí entonces. —Jade se acercó al lavabo y empezó a abrir el agua.

“Dame tus manos entonces.”

Extendí mis manos hacia ella y ella dejó que el agua tibia las bañara. Suavemente, frotó las suyas sobre las mías al mismo tiempo.

"Un poco de jabón", se rió mientras me ponía una cantidad de jabón líquido del tamaño de un guisante en las manos y me frotaba de nuevo. Un último enjuague, Jade tomó una toalla de papel y me secó las manos, prestando especial atención a la piel entre los dedos. "Listo, listo. Volvamos. Dame la mano".

Todavía estaba demasiado atónito por lo sucedido en los últimos minutos y le ofrecí la mano con humildad. Ella la tomó y sonrió, llevándome de vuelta a la mesa, arrastrándome suavemente tras ella.

“¡Listo!” le dijo Jade a Mistress mientras me permitía entrar primero a la cabina.

La señora me ignoró por completo y preguntó: "¿Estuvo bien? ¿Se las arregló solo?".

Le ayudé con los pantalones y la ropa interior , y tardó un poco en superar su timidez , pero lo consiguió al cabo de un par de minutos. No tenía ni idea de secarse, así que lo hice yo.

La señora sonrió y me pasó un crayón de otro color mientras Jade se sentaba una vez más.

Capítulo cuatro

—Entonces , David. Supongo que tendrás algunas preguntas sobre por qué estamos aquí esta noche —preguntó la señora.

"Bueno, yo-"

—Retórica, cariño. Retórica. No necesito que respondas. —Su voz era tranquila y paciente—. Como dije, supongo que tienes algunas preguntas sobre por qué estamos aquí esta noche. Bueno, te lo diré. Esta es mi querida amiga, Jade, como ya sabes. De ahora en adelante será «Señorita Jade» para ti o simplemente «Señorita». Estoy segura de que aprenderás a qué prefiere. Va a ocupar mi lugar por un tiempo. Me voy seis meses y no quiero que caigas en malos hábitos. La señorita Jade todavía está aprendiendo sobre la especie masculina y, a cambio de algunos consejos prácticos, se ha ofrecido amablemente a «asumir tu cargo».

Me quedé atónito. Sin palabras. Mi ama, mi dueña, se iba por seis meses y yo iba a quedar a cargo de esta joven a la que no había visto hasta hacía menos de una hora.

"¿Qué le dices a la señorita Jade?" preguntó la señora en voz baja.

Sabía que, a pesar de mis reservas, se esperaba que estuviera agradecido. Volviéndome hacia la señorita Jade, le dije: «Gracias, señorita Jade».

Ella sonrió ante mi demostración de buenos modales.

Me volví hacia la Ama, esperando que se tratara de una broma elaborada y bastante cruel. La Ama era mi mundo entero. Que me dijeran así que me iban a "transferir" me dolió profundamente y me dio vueltas la cabeza. Mientras me esforzaba por asimilarlo, apareció la camarera con los platos principales para la Ama y la señorita Jade. Ambas sonrieron agradecidas mientras les preparaban los platos.

"¿Podríamos tener una jarra de agua helada para él, por favor?"

“Por supuesto, señora.”

Bajé la mirada a mi regazo, sin querer que mi ama ni su amiga vieran las lágrimas ardientes que empezaban a brotar de mis ojos. Después de todo, intenté convencerme de que esto era solo una situación temporal. Mi ama estaba lo suficientemente preocupada y me quería lo suficiente como para dejarme al cuidado de una de sus amigas. Sin embargo, me costaba convencerme del todo de que esto fuera algo positivo.

¿Estás bien, David?

La voz de la señora interrumpió mis deliberaciones e instintivamente levanté la cabeza y me giré para mirarla como me habían entrenado para hacer ante el sonido de su voz.

—Ay, Dios mío —dijo la señora, con la boca ya medio llena de comida—. ¿Qué pasa, David? Ya lo sabía, pero quería presenciar mi incomodidad.

Seguí mirándola, sin saber si podía responder. Mi ama, quien me conocía mejor que nadie, percibió mi reticencia y dijo con dulzura: «Puede hablar».

Sabía que debía elegir mis palabras con cuidado. No quería molestar a ninguna de las damas, pero quería intentar comprender qué estaba pasando y por qué. Tragué saliva, dándome un momento extra para ordenar mis pensamientos.

—Yo... yo... no sé qué decir, señora. No sabía que se iba. No sabía nada de nada. Nunca había visto a la señorita Jade hasta esta noche y...

La señora levantó el dedo, impidiéndome el paso. Sonrió, con la boca aún llena de comida. Esperé a que tragara, pendiente de cada palabra que esperaba. La observé atentamente mientras colocaba tranquilamente los cubiertos sobre el plato y se giraba hacia mí, sin dejar de masticar.

Su mano izquierda me rodeó la nuca y me atrajo con fuerza hacia ella. Inclínó la cabeza ligeramente, dispuesta a besarme. Le correspondí, acercando mi boca a la suya. Nuestros labios se

encontraron y enseguida me di cuenta de que Ama estaba empujando la comida masticada de su boca a la mía. Abrí bien la boca y tomé la papilla caliente y carnosa. En solo un par de segundos, Ama metió la lengua en la boca. Saboreé la sensación del beso, con la boca llena de su comida caliente y bien masticada.

—Mastícalo bien —dijo la señora, sonriendo—. ¡Qué buen chico!

Empecé a masticar despacio, sin poder creer lo que acababa de pasar. Mi ama me acarició la mejilla y se giró hacia su amiga. "¡Igual que un pajarito!", rió disimuladamente.

Deberías estar feliz, David. No te están abandonando. Considéralo una adopción si te hace sentir mejor. La señorita Jade va a continuar tu formación y tiene ideas y planes muy interesantes para ti. Creo que es muy generoso de su parte ofrecerse a cuidarte. Lo que no quería era que perdieras la concentración y olvidaras tu lugar. La señorita Jade se asegurará de que eso no suceda.

No tenía sentido seguir hablando. Miré a la señorita Jade y ella también notó mi disgusto y desconcierto ante la velocidad de los acontecimientos, pero simplemente sonrió con calma. Quizás, pensé, estaba anticipando sus planes para mí.

La señora habló en voz baja: «Sabía que probablemente te enojarías un poco, David, así que te traje un regalito».

Metió la mano en su bolso grande, sacó un paquete envuelto sin apretar y me lo entregó. El papel de regalo era brillante y tenía dibujos de juguetes y payasos sonrientes. Odio a los payasos.

Casi sin verme, lo desenvolví mientras las dos mujeres continuaban comiendo, ambas observándome atentamente, buscando mi reacción.

Aparté el papel de regalo y dejé al descubierto un camión de bomberos de juguete de plástico de colores chillones. Todo el juguete estaba hecho de goma blanda roja y amarilla, claramente diseñado para niños pequeños, sin bordes ásperos ni afilados. Sentí que me

sonrojaba al sostenerlo en mis manos. Aparté el papel de regalo y miré a la Señora.

"Entonces, ¿qué dices, David?" preguntó la señorita Jade.

La miré. Parecía un momento decisivo. Era la primera instrucción que me había dado y sabía que sería la primera de muchas.

"Gracias, señora."

De nada, cariño. Sabía que te gustaría. Ahora solo juega con él mientras comemos. Un pequeño detalle: creo que deberías empezar a pensar en mí como la «Señora Weston». La señorita Jade está a cargo de ti ahora, así que es más correcto que te refieras a ella como «Señora», ¿no crees?

Sonrió mientras hablaba, sabiendo que este giro de los acontecimientos no era fácil de afrontar para mí. Había sido tan repentino. La miré, consciente de que mis lágrimas eran más que evidentes. Sentí una resbalando por mi mejilla. No podía llorar, me dije.

No te preocupes, cariño. Siempre te querré y estaré pendiente de ti y de cómo progresas cada pocos días. Tu nueva Ama y yo lo hemos organizado todo, así que no tienes de qué preocuparte.

Para intentar tranquilizarte, añadió: "Tal vez cuando regrese, querrás quedarte con tu nueva Ama y no querrás tener nada que ver conmigo".

Negué con la cabeza ante tal idea. En ese momento, realmente no sabía cómo iba a vivir sin ella.

—Bueno —dijo la señora—. Dale un besito en la mejilla a la señorita Weston y juega con tu juguete nuevo mientras disfrutamos de la comida. ¡Qué buen chico!

Y, con esa instrucción, pasé de una dama a otra. Como una posesión, un bien, una mascota. Bajé la vista para contemplar el juguete que me habían regalado. Reposaba cómodamente en mis palmas extendidas. Ya podía sentir la suave goma calentándose al contacto con mi piel. ¿Por qué me había dado semejante regalo la Sra.

Weston? No tuve que esperar mucho para obtener una respuesta. Mientras giraba distraídamente las ruedas del camión de bomberos entre mis dedos, la Señora habló.

"¿Sabes por qué te dieron ese juguete, David?", dijo la señorita Jade.

—No, señorita, no lo sé —respondí dócilmente, todavía tratando de comprender todo lo que había sucedido.

Dos razones. Primero, porque te has portado muy bien esta noche. Has hecho todo lo que te han dicho. Me has demostrado lo listo que eres yendo al baño prácticamente solo. Segundo, ahora que voy a ser yo quien te entrene, quería presentarte algo que verás mucho más a menudo.

Volví a mirar el juguete, intentando comprender sus palabras. Empezó a hablar de nuevo y me giré para mirarla.

Verás, David. Una de las cosas que siempre me ha gustado es tener un sumiso obediente, tranquilo y al que pueda humillar a mi antojo. No me interesa otro macho que quiera que lo azoten o que quiera darme dinero y regalos. Quiero un bebé.

Sonrió y dio un gran sorbo de vino. Abrí los ojos de par en par cuando pronunció su última palabra. ¿Qué quería decir? Miré a las dos damas y ambas se echaron a reír a carcajadas. Tan fuerte que los demás en el restaurante se giraron para ver la causa de la hilaridad.

—¡Dios mío! —dijo la señorita Jade—. ¡Cree que quiero que tenga un hijo conmigo!

Su risa burlona continuó sin cesar durante lo que parecieron minutos. La Sra. Weston tuvo dificultades para responder a su comentario y se rió disimuladamente en su servilleta. No sabía adónde mirar. Mantuve la mirada baja y, sin pensarlo, apreté la suave goma del juguete de colores brillantes. Para mi mayor vergüenza, chirrió con fuerza, resonando por todo el restaurante. Un ruido tan infantil en un restaurante exclusivo era inesperado e inoportuno. El ruido, combinado con las risas de las dos señoras y mi cara agachada,

confirmó a todos los demás comensales que yo era el responsable de ese ruido inapropiado.

La camarera apareció en la mesa.

"¿Está todo bien?"

Con dificultad para responder, la Sra. Weston respondió que todo estaba bien y que acababa de decir algo muy gracioso. Una vez que sus risas se calmaron lo suficiente, la Srta. Jade se inclinó hacia mí y dijo en voz baja:

—No, cariño. Dije que quería un bebé y ya lo tengo. —Hizo una pausa, esperando a ver si se daba cuenta antes de decírmelo. Miró el juguete infantil que sostenía en mis manos y luego me miró de nuevo.

Fue en ese momento cuando me di cuenta que yo iba a ser su bebé.

Verás, cariño, como estarás conmigo los próximos meses, quiero que descubras aún más sobre lo que significa ser una verdadera sumisa. ¡Tengo planes increíbles para ti! —dijo riendo.

Inmediatamente pensé en pañales, cunas y juguetes para bebés y supe que , de alguna manera, ese sería mi futuro.